

LA VENUS DE DALÍ

LA RAZÓN. JUEVES 21 DE MARZO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIANO

A un artista de palabras emotivas de la imaginación le ha sorprendido que a mí, supuesto engarzador de palabras descriptivas de la razón, me pueda gustar la escultura de Dalí y que haya podido percibir una inspiración clásica en gran parte de su obra. Se suele creer que las apetencias solares de la razón discursiva producen aversiones hacia los frutos saturninos o lunáticos de la fantasía. En lo que a mí concierne, he de confesar mi total incapacidad para apreciar el valor estético de las producciones de la fantasía no disciplinadas por la imaginación creadora. Casi todo el arte actual no me conmueve ni me inquieta. Lo considero absurdo en sí mismo y no por la absurdidad que representa.

En cuanto a Dalí, en mi conferencia de apertura de la exposición en Valencia y refiriéndome a sus mejores esculturas (Perseo, Trajano, San Juan Bautista, allí presentes), no lo calificué de clásico, sino de renacentista. En un artículo posterior hablé del clasicismo de Dalí, empleando el término en su acepción vulgar, para ser entendido por un público menos preparado que el selecto auditorio atraído a una exposición. Pues entre el arte clásico y el renacentista hay tanta diferencia como entre éste y el barroco. Agradezco a Umbral que me brinde la oportunidad de aclarar esta cuestión, ilustrándola con la estatua dorada de Venus sobre un caracol, que Dalí tituló «Mujer subiendo una escalera», y que preside la entrada a la muestra daliniana llamada «Memoria de los Sueños».

Esta bella y expresiva escultura deriva en su inspiración de la famosa Venus de Botticelli. En lugar de hacerla salir del mar sobre una concha empujada por el viento, la sitúa en el momento de alcanzar la playa, subiendo por los ondulados anillos de un enorme caracol como si fueran los peldaños de una escalera. Con esta innovación en temática y proporciones relativas, el inconsciente artístico de Dalí se acercó más que el propio Botticelli a la fábula del asno de oro. El cuento hermetista de Apuleio de Madaura que dio al pintor florentino la idea de transformar en Venus a la diosa egipcia Isis.

Esta diosa era la antigua ninfa Io, a quien la celosa Juno transformó en ternera y Hermes liberó por orden de Júpiter, matando a su vigilante Argus y huyendo con ella a Egipto, donde se casó con Osiris y devino Isis. Paseando a orillas del mar, encontró en la playa a un hombre convertido en asno y lo liberó de esa maldición poniéndolo a su servicio como sacerdote de su templo. Antes de que el genial Botticelli la transubstanciara en Venus, la diosa Isis desempeñaba, en las creencias herméticas del círculo de los Médicis, una función mediadora o intercesora de los hombres ante su destino, y devino símbolo de la mujer fuerte y protectora. O sea, la idea que Dalí expresó en la potente mujer que sube por el monumental caracol con la misma gracia que por una escalera.

A Dalí no lo hace clásico su maestría en el dibujo, como al parecer piensa Umbral. Casi todos los artistas plásticos son buenos dibujantes. Esa habilidad no define los estilos ni las escuelas. Lo que distingue a Dalí de los dibujantes de su época es la intensidad de los trazos que marcan los contornos, y la extensidad de los espacios contenidos en los escorzos.

La intensidad de su trazo no la tomó, como se ha dicho, de la simplificación que requería la pintura para cartel, que con Toulouse-Lautrec alcanzó cimas mágicas, sino de los duros contornos escultóricos de Botticelli. En la exposición de Valencia, varios dibujos de Dalí podrían pasar como siluetas femeninas del Quattrocento florentino, si no fuera por el erotismo de las transparencias de sus vestidos ceñidos a las caderas. Y la extensidad de los espacios, como en su Cristo crucificado visto desde la nuca, procede directamente de las magnitudes que Mantegna dio a los escorzos horizontales, como en su Cristo yacente visto desde la planta de los pies.